

Ginebra, 16 de septiembre de 1977

Querido amigo:

Nada he sabido de Vd. desde nuestra última entrevista en abril. ¿Cómo va el volumen? ¿Y su crítica de la crítica? De todo ello me gustaría tener noticias.

Mañana parto a Madrid por unos días. Luego me quedaré unos diez días en Córdoba, ciudad de filósofos, con el predilecto amigo Epicuro, a fin de procurar afinar lo que tengo escrito sobre él. Por fin, hacia la segunda semana del mes próximo pasaré unos días en Barcelona. Le doy mi itinerario por si se diera la coincidencia de que también Vd. anduviera por esas fechas en España. En Madrid, alojaré en el Hotel Nuria. En Córdoba, espero en el Maimónides. En Barcelona aún no lo sé, pues tal vez pueda llamar a su hermana para ver si ha dejado Vd. algún recado para mí, si es que yo no lo he recibido antes.

Quisiera decirle que nuestra última conversación filosófica me dejó algo deprimido, al comprobar que se acentúa en Vd. la tendencia –yo la esperaba transitoria- a prescindir de la persona humana. Me habló Vd. de que en su próximo libro sustituiría Vd. esta expresión por “miembro de una comunidad”. ¡Que esto no significa lo mismo que aquello! Es muy bable, por cierto, su inclinación a estrechar los lazos del hombre con el mundo animal. Yo la comparto. Pero creo que adoptaría la perspectiva opuesta: se trata de personalizar al animal, a la planta, inclusive. Es lo que hace el poeta. En San Francisco.

Bueno, me quedé con ello atragantado. Pero sentí la necesidad de decírselo, junto con pedirle que me considere Vd. una persona, antes que sólo como un miembro de una comunidad. ¿No son, de otra parte, todas las comunidades reuniones de personas?

Un abrazo cordial –y mis buenos recuerdos a Priscilla

[Signatura]